



Leo Zoreda

El Albardón Vaquero

La mejor montura del mundo

Texto: Leo ZOREDA fotos: Angel CALLE y Antonio PÉREZ

El albardón jerezano, albardilla o montura vaquera, llamémosla como la llamemos, es indiscutiblemente el mejor aparejo para trabajar a caballo. Todo en ella es fruto de la experiencia centenaria en la brega; generación tras generación ha sido modelada por los jinetes, que en definitiva son los auténticos maestros de los guarnicioneros.

Permitidme recalcar este punto tan importante para entender nuestro oficio, el buen guarnicionero se limita a aplicar su técnica a las exigencias de sus clientes que son los que conocen las necesidades en cada momento. Es el caballista, vaquero o domador el que nos hace llegar las mejoras que precisa nuestro trabajo y en definitiva quien nos forma.

El punto vital de una montura está en su geometría y, la idónea, la van forjando, con el paso de los años, los conocedores de la equitación. La calidad del cuero,

los cosidos y acabados son secundarios a la hora de la práctica y, luego, está el arte que, como para todo en la vida, se nace o no se nace con él, pero que sólo se consigue sacar a relucir a base de trabajo y dedicación. De este binomio indisoluble donde el jinete diseña y el maestro guarnicionero crea, nació nuestra albardilla.

No hay nada más representativo de nuestra cultura vaquera que la concha de una albardilla y una cabeza con mosquero, pero todo ello tiene un porqué. Los que nos sentimos vaqueros decimos que nuestra doma es algo más que un deporte, es una forma de sentir, una cultura, somos vaqueros a pie y a caballo y esto es lo que nos distingue del resto. Tan peculiar es nuestra forma de montar, con las riendas a una mano como lo es nuestro aparejo campero complejo y sencillo a la vez.

Los orígenes de la albardilla se emparejan a los de la selección del toro bravo. A 8 kilómetros de mi taller se

encuentra la ganadería de bravo más antigua del mundo, “El Raso de Portillo”; en mis frecuentes visitas sigo quedando atónito al ver las fotos del Conde de Gamazo, dos siglos atrás, con su albardilla que bien podría estar hecha hoy en día, con toda su estructura y aparejos tal y como hoy algunos románticos seguimos haciéndola.

Nos dicen los historiadores, teoría avalada por el sentido común, que esta montura es el fruto de la adaptación de una albarda, añadiéndole una perilla que facilite el subir con zahones y una concha que evite salir por detrás en las faenas de acoso. Esta transición continúa incorporando una cincha fuerte, que amarre bien la montura en un acto fácil y rápido, añadiendo unos estribos de ancha superficie para comodidad del pie, largas horas estribado, y parapetándolo con chapa que lo proteja en lo posible de desafortunadas cornadas. Su peso permite que aún perdiéndolo en la faena volvamos a encontrarlo con suma facilidad sin la ayuda de la mano



y evita las tan temidas estribaciones en las caídas.

Dos factores importantísimos han influido en la evolución de la albardilla, en primer lugar la cantidad ingente de horas e incluso días que el vaquero ha de pasar a caballo a ratos bregando, a ratos al paso, incluso a caballo parado pero sin desmontar, vigilando el carear del ganado. En segundo lugar ha influido en la arquitectura de nuestros chismes lo agitado de nuestra doma, la violencia de los movimientos requeridos, que exige el jugarse la vida con este ganado.

Para poder soportar este duro trabajo, entre vaqueros y guarnicioneros hemos tenido que diseñar una montura otorgándole firmeza, resistencia y comodidad a partes iguales tanto al jinete como a su cabalgadura, para ello precisamos obtener un armazón sin rigidez, moldeable y elástico; “sin árbol rígido” o “barefoot” como ahora ponen de moda los fisioterapeutas centro-europeos y que nosotros lucimos, desde hace más de



doscientos años, sin darnos importancia.

La piedra filosofal para conseguirlo es la unión de la paja de centeno y el cuero crudo, creando un armazón insuperable en flexibilidad y en resistencia a un tiempo. Incorruptible al trabajo, a los golpes, a las inclemencias del clima e incluso a los accidentes propios del noble bruto, pero sin impedir obtener uno de los asientos más cómodos y seguros. La falta de rigidez también otorga un gran confort a la cabalgadura permitiendo al caballo incurvarse y flexionar su dorso en cualquier dirección, evitando lesiones y esto es palpable cuando nos encontramos caballos haciendo duras faenas de campo a diario, pasados ya sus veinte años de edad.

La zalea, con su almohadilla rellena de pelo, es responsable de la comodidad del asiento, siendo duro y cómodo a un tiempo y plano en su parte posterior, lo que otorga firmeza a los ísquiones y evita que el trasero resbale en medias vueltas o volviendo en las piernas a galope.



El baste, hecho de lona de algodón (antialérgico por excelencia), relleno de pelo y cerdas de caballo o cabra, ocupa una gran superficie, lo que conlleva un excepcional reparto del peso, muy indicado en largas faenas haciendo más llevaderos los duros trabajos de sol a sol.

¿Por qué? Es fácil explicarlo: Tanto la zalea como el armazón y su grueso y blando baste de pelo, se adaptan con el trabajo creando un “molde” de la anatomía del jinete en su parte superior como del dorso del caballo en su parte inferior, dando lugar a la única montura en el mundo moldeable, es decir anatómica.

En otras culturas siempre apostaron por la ergonomía y esta fracasa cuando es nuestro cuerpo y el del animal el que debe adaptarse a la montura, quedando mucho más expuesta esta afirmación cuando se



trata de trabajar doce horas diarias. Nada puede ser más anatómico que un molde de ambos y esto sólo lo consigue nuestra querida albardilla.

Nada en nuestra protagonista es fruto del antojo o la casualidad, sus acciones sencillas, sin hebilla, que los viejos vaqueros confeccionaban ellos mismos, con sus tres vueltas que nos aseguran su larga duración y, en caso de rotura, nos previenen desliándose poco a poco evitando nuestra caída en un apoyo. La cincha es también muy peculiar, ya que es la única que va independiente de la montura; solo se manipula por el lado izquierdo y su sistema de doble hebilla actúa como polea, multiplicando nuestra fuerza y asegurando la montura contra todo tipo de ajeteo. Por ser una cincha perimetral e independiente, no nos hecha la montura hacia el lado que cinchamos como el resto, ventaja muy apreciable a la hora de las prisas.

Un rasgo inequívoco de nuestra montura es que todos los correajes –cincha, acciones, baticola, estribera-, van cubiertos por la zalea ¡¡¡Que los vaqueros somos gente sobria y no nos gustan el relumbrar de las hebillas!!! Con mucho talento, echamos todos los puntales debajo de la zalea, por delante de la estribera, consiguiendo un falso borrén donde defender nuestro equilibrio templando y parando a raya.

Un viejo amigo y mayoral de “El Raso”, el entrañable “Visera”, me enseñó que él al cinchar no pasa el puntal al otro lado sino que lo dobla en el centro, en la hebilla de la baticola, y la punta vuelve a caer al lado izquierdo. Esto sirve para que en caso de accidente, cornada o congestión de un caballo solo con tirar del puntal queda suelta la cincha, consejo que he convertido en hábito.

En nuestra montura llega a tal punto de verdad aquello de “si está ahí por algo será” que hasta el moteado tenía su función. Tanto el moteado en seda como a correa siempre fue una medida para reforzar el armazón y no algo meramente decorativo, como lo es hoy en día. Al motear el guarnicionero pasaba el cabo o la agujeta, según convenga, atravesando la concha y la perilla de lado a lado, pasando cuero, pellejo y paja, haciendo estos aún más compactos y resistentes.

Más tarde la picaresca se ocupó de aligerar esta faena, moteando solo el cuero a la vista, con un resultado más bello pero meramente estético, de ahí que





hoy se empleen pellejos mucho más gruesos para suplir esta carencia.

Reatillas, agujetas, anillas... todo lo colocó ahí el ingenio del hombre de campo sencillo y práctico por excelencia, unas para atar la manta estribera otras para llevarla hacia delante y no sentarnos en ella, otras para transportar toda clase de bultos o para apea un potro, amarrar un becerro o sustituir la ación o rienda rota en el campo hasta llegar al cortijo.

Podría contaros, amigos lectores de A LA VAQUERA, un sinfín de experiencias... de albardillas con 130

años en perfecto estado y muchas otras, superando el siglo de antigüedad, que han pasado por mis manos. Podría contaros la emoción que me supone ver la auténtica entrega a su oficio de aquellos hombres antiguos, descubrir detalles en el interior de ellas que conllevan mucho trabajo, muchas horas aún sabiendo que nadie los apreciará jamás por encontrarse ocultos en el interior... y saber que un día, ese maestro guarnicionero, se echó en su cama con la satisfacción de haberse vaciado en cada trabajo que hacía, en cada puntada, en cada moteado, en cada baste... la plena satisfacción de saber que la última es la mejor que has hecho y que mañana intentarás superarte a ti mismo.

Amígos míos con la albardilla no acaban ni los años de brega, ni los potros que se revuelcan sobre ella, pero con aquellos guarnicioneros... ¡¡ya casi hemos acabado!!

Tal vez haya quien eche en falta, en mi artículo, alusiones a otros aparejos que quieren simular a la albardilla. Estos sucedáneos de fibra de vidrio, polietileno, madera o hierro no dejan de ser solamente eso, sucedáneos.

No equivoque el lector estas obras de tapicería con la auténtica albardilla empajada y empellejada, que es la única que contempla todas las virtudes anteriormente mencionadas y para mí la única que existe.

Algunos aficionados, poco vaqueros por otra parte, se decantan por estos sucedáneos con alegaciones como el peso, nimiedad que aclararé debidamente en próximos capítulos, pero que dejan ver el trasfondo: lo que importa es que sea barato.

A estos aficionados, con seguridad, algún día les visitará el duende del arte vaquero y apreciarán el orgullo de montar la montura de tus antepasados o el arte de llevar una antigua albardilla bien conservada, cosida a mano en su totalidad, sabiendo que cada puntada la dieron para ti.

Espero por el bien de mi oficio, tan deteriorado hoy en día que llega al borde de la extinción, que la cultura vaquera crezca entre todos nosotros y sepamos transmitir la pureza que hemos recibido de nuestros predecesores.

Debemos reflexionar y llegar a la conclusión de que no somos propietarios de la doma vaquera ni de la guarnicionería, la forja o el herraje, sino que tenemos la responsabilidad de transmitir a nuestros hijos, en estado puro, la herencia cultural recibida y cualquier adulteración en esta cadena recaerá sobre nuestras conciencias. Yo por mi parte hago lo que puedo a diario, en mi humilde taller, y espero aportar un granito de arena más desde estas páginas.

En este mi primer artículo de la sección he querido haceros llegar mi pasión por esta montura sin igual y argumentar todas sus cualidades como antesala a los siguientes capítulos, donde desguzaremos la montura pieza a pieza resaltando sus cualidades, como debe de hacerse para lograr un resultado óptimo, la forma correcta de aparejar y presentar una montura, su mantenimiento, consejos para no tomar gato por liebre y mil y un secretos que encierra algo tan sencillo como un par de haces de paja convertidos en la bandera de nuestra cultura vaquera

No quiero terminar sin agradecer la confianza que la Dirección de **A la Vaquera** deposita en mi humilde persona, al encargarme el alto honor de escribir en esta sección que espero sea del interés de todos vosotros. ■